

**TRIGÉSIMO CUARTO Premio Literario Taurino
Internacional “DOCTOR ZUMEL”**

**EL MAYORAL Y EL ECOSISTEMA; FACTORES ESENCIALES EN LA CRÍA
DEL TORO BRAVO**

CARMEN SÁEZ DE RETANA LLADÓ

Atardecer en una dehesa en tierras manchegas. Juan, el ganadero, sentado en el salón de su casa, contemplaba desde la ventana, el esplendor de primavera que había en Valdezarza. Sentado enfrente, Patricio, su mayoral. Estaban nerviosos y cansados porque era la primera vez que su ganadería iba a participar en la Feria de San Isidro en Madrid y ya quedaba muy poco tiempo para ese día. Mucha responsabilidad y muchas esperanzas, expectativas, desvelos, trabajo, calores, fríos, sudores, en definitiva, mucha vida depositada y mucho esfuerzo económico invertido en esa ilusión fatigosa y romántica de convertir su ganadería no en una quimera, sino en algo real y esperado. Para ello, Juan, siempre le decía a Patricio, *“Tenemos que tener una visión de la ganadería a largo plazo, no perder la perspectiva de lo que queremos y no conformarnos con medias tintas”*. Tras esas frases, Patricio asentía y miraba seria y responsablemente a Juan, a lo que éste, parafraseando a Cervantes, al que le gustaba mucho nombrar, le decía sonriente devolviéndole la mirada y alzando la voz *“Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades”*....Y, así tras muchos años y muchos días de trabajo con muchas horas en todos ellos, habían conseguido llegar a meter sus toros en la Plaza de Madrid, hecho que comentaban emocionados mientras tomaban café, recostándose cómodamente en unos antiguos y ya ahormados sillones orejeros de cuero...

San Isidro. Corrida de la Prensa, Concurso de ganaderías. Sexto toro. Se abren los toriles y Patriarca, un toro de la Ganadería Valdezarza, marcado con el número 1, de 540 Kg y divisa ocre y granate, sale al ruedo.

Era la primera vez que la ganadería “Valdezarza” pisaba el ruedo de Las Ventas y para Patricio, el mayoral y para Juan, el ganadero, era un día de reconocimiento después de muchos problemas y también de muchas alegrías conjuntas. Conocían lo esforzado del trabajo de la ganadería de bravo, difícil de mantener económicamente en los tiempos que corrían. Una lucha titánica contra varios enemigos: pandemias, guerras, y, con un enemigo a veces invisible e incorpóreo, que jaleaba un ambiente hostil lanzando en el aire, con acritud hacia el entorno del toro de lidia, unas palabras que terminaban en “ismos”. Juan recordaba siempre con nostalgia y cariño, como su abuelo, le narraba los principios de la ganadería de bravo. Tierras ciudadrealeñas, tierras adehesadas,

habían sido las elegidas por su abuelo para poner su ganadería primero de manso y luego de bravo. Juan, comprendía, el por qué su abuelo había decidido instalarse en una dehesa y mantenerla como tal. Conocía la importancia de la dehesa como ecosistema repartido por el mediterráneo con millones de hectáreas ubicadas en la península ibérica. La dehesa, como ocurría en Valdezarza, era una relación simbiótica entre la naturaleza y la actividad humana que resultaba beneficiosa para ambas partes. Como en el caso de Valdezarza, se ubicaban en zonas de limitada vocación agraria y con escaso tejido industrial. Juan, pensaba en la cantidad de mano de obra empleada y en la cantidad de recursos naturales que provenían de forma equilibrada y racional, fruto del aprovechamiento sostenible que allí se hacía: Pastos, bellota, ramón, leñas, corcho, caza mayor y menor.....con ello, además de lograr potenciar estas zonas poco industrializadas, se favorecía el desarrollo rural, ya que ofrecía puestos de trabajo y consolidaba la población. Otra fuente de ingresos más moderna era la que emanaba del ecoturismo. Frecuentemente visitaban la dehesa colegios de la zona y hasta de Madrid, porque se había puesto de moda conocer los entresijos de la España rural, lo que llamaban la “España vaciada” y llamaban a Valdezarza con cierta asiduidad para realizar las denominadas “rutas taurinas”. En estas rutas, se les enseñaba la ganadería, la dehesa y la plaza de toros donde se hacían las tientas. Aprovechaban esos días para inculcar los beneficios y las repercusiones ambientales de Valdezarza, ofreciendo a los foráneos una imagen de futuro al mismo tiempo que la de un enraizamiento poblacional que resistía frente al desarraigo rural.

Juan estaba convencido de que la dehesa era el ecosistema perfecto para la crianza del magnífico toro de lidia. El mantenimiento del toro era un elemento vital para Valdezarza y para cualquier dehesa. Era la raza autóctona por excelencia, una pieza insustituible del paisaje y por sus condiciones de temperamento se constituía en un auténtico guardián de ese bosque mediterráneo. Un bosque, ahuecado por la eliminación del matorral y en el que se habían seleccionado los árboles más productivos, con un pastizal arbolado que era el resultado de la interacción del hombre y su ganado. Un territorio que conjugaba la actividad económica agrícola con la forestal y ganadera, dando lugar a un espacio con una gran biodiversidad. Juan, sabía que otros países, estaban mostrando un gran interés en las prácticas de la ganadería extensiva en estos pastos seminaturales arbolados, dado que constituían una muestra evidente de que

podía alcanzarse un equilibrio entre explotación y conservación de buena parte de los valores naturales.

Ambos, dehesa y toro de lidia, eran el resultado y consecuencia de obras de “ingeniería”, cinceladas y realizadas por ganaderos como ellos, a través de muchos siglos. Era en estos ecosistemas, donde el toro se mostraba como el máximo exponente de diversidad racial y donde éste animal por sus características propias: parco en la alimentación, rústico, longevo, con alta capacidad digestiva, fertilidad alta, facilidad de parto y aptitud para el cruzamiento, se podía desarrollar de forma perfecta, adaptándose a ese medio. Por estas características del ganado bovino, añadiendo el peculiar y fascinante componente de bravura, era por lo que había apostado su abuelo, muchos años atrás. Después lo había mantenido su padre y ahora era lo que correspondía a él y a Patricio, su mayoral. Su objetivo era mantener, hacer crecer y perfeccionar la ganadería y el ecosistema donde se encontraba: La dehesa de Valdezarza.

A su ganadería de encaste Santa Coloma, le atribuían a veces, que no tenía las hechuras suficientes para una plaza como Madrid, a lo que el mayoral, de no muchas palabras pero con una gran socarronería manchega, contestaba mientras miraba para abajo cabeceando...” *¡Pues será mejor que toreen bueyes!*”. En el recuerdo estaban muchos años, ganadero y mayoral, intentando cuajar su personal sueño en el ganado. Ambos tenían perfectamente interiorizado la tipología morfológica del encaste y cuál era su prototipo característico. Para Juan, Patricio, era una persona de absoluta confianza. Casi conocía mejor las reatas que él mismo, ya que el contacto de Patricio con ellas era intenso y permanente. De confianza recíproca y temperamentos parecidos, tenían, como es natural, discusiones acaloradas sobre los toros de vez en cuando.

Juan quería implantar cada vez más tecnología en la dehesa, lo consideraba necesario para no quedarse anclados y hacer ésta un modelo sostenible de explotación y conservación. Siempre decía que *“Lo rural no puede ser antagónico a lo tecnológico”*. Cuando Juan, comentaba a su mayoral, que se podía innovar en alguna cuestión, como la utilización de drones, que ya hacían para el control del ganado, Patricio picándole la moral le contestaba... *“Cuando no lo han hecho los viejos...”* y le miraba desconfiado desde unos perspicaces ojos que asomaban por la visera de la gorra campera, mientras cabeceaba negando. Para Juan, con mirada al futuro, la dehesa era algo de lo que

aprender constantemente, donde se podía aplicar una tecnología desarrollada, avanzar sin prisas y pensar a la larga, cuidadosamente. Mientras discurría aquello, sonreía mirando a Patricio, sabedor de su leal e inestimable compañía, experiencia y sabiduría.

Patricio, que había sido muy rubio, ahora tenía una frente amplia rodeada de pelo blanco, que llevaba siempre muy corto. Poseía una mirada intensa e inteligente que provenía de unos agudos ojos azules, coloreados de un azul muy peculiar, y, que es característico en algunas personas de esa tierra. Ojos azules con reminiscencias genéticas, decían, del paso de las tropas alemanas de Carlos V por tierras castellano-manchegas. De estatura regular y robusta, con manos anchas, grandes y fuertes, acostumbradas a unas labores rudas que requerían fuerza y también destreza. Manos hechas a la vida del campo real. No a la vida idílica rural que ponían en los programas de la tele, que él veía con su mujer Elvira, y con los que se reían con ganas y con cierta ironía, cuando ciertos periodistas que iban a hacer reportajes a algún pueblo se sorprendían constantemente y de forma exagerada por cosas del día a día que se encontraban: un burro, algún apero antiguo, unas gachas...magnificando aquello y gesticulando mucho, como si se tratase de algo extraordinario, además de tratar a las personas rústicas como si fueran niños. Tanto él como Elvira, mujer locuaz, inteligente y afanosa, habían sabido lidiar con la vida día a día, de la mañana a la noche, asumiendo y sorteando los contratiempos propios que dan las labores del campo en medio de la naturaleza. Tenían dos hijos. Uno de ellos, el mayor, de su mismo nombre, Patricio, y que como él, había empezado hacía unos años a trabajar de vaquero allí, a su lado, y al que los demás llamaban cariñosamente "Patricín" para diferenciarle del padre. El más pequeño era Jesús y estaba trabajando en una empresa en Madrid después de estudiar Ciencias Ambientales. Ahora insistía machaconamente a sus padres que se quería hacer chef y poner cerca de Valdezarza un restaurante de autor.

Nevadas, granizos, sequías pertinentes, tormentas eléctricas en las que el cielo parecía el Apocalipsis manchego, lluvias torrenciales que desbordaban al pequeño arroyo estacional de Valdezarza....Patricio lo había vivido casi todo y lo aceptaba con la sabiduría del hombre de campo resignado y, en ocasiones, impotente ante el inmenso poder de la naturaleza, imprevisible muchas veces. De los errores en las previsiones meteorológicas se reía siempre Patricio, aprovechando las ocasiones para decir con sorna ¡Y, eso...!que lo pueden ver antes con todos los adelantos, y todos los avances...

ique si fueran en mis tiempos...! y apostillaba, *“Las que no fallan son las cabañuelas”*. Así que cada año, empezaba a apuntar en su libreta: El día 1, llave del año, el día 2, enero, el 3, febrero...y así hasta diciembre. Allí, en su libretilla roja, anotaba con precisión cual *“Cuaderno de bitácora”*, los vientos, las nubes y todo lo que le podía ayudar a vaticinar el comportamiento meteorológico del futuro año. *“Esto es lo más fiable”*, sentenciaba muy seriamente Patricio, señalando con un gesto de su cara a la libreta roja.

Ambos, Juan y Patricio, coincidían en algo fundamental y para lo que no les hacía falta casi ni hablar: Ambos convenían en la ganadería que querían conseguir. Sólo con mirar detenidamente a un toro, o a una vaca, intuían cual iba a ser su comportamiento. A veces, erraban, pero eran las menos. En cuanto al fenotipo, habían logrado toros casi todos cárdenos, con unos cuerpos que no tenían mucha longitud ni mucha altura, pero que eran muy armónicos, con una encornadura no muy desarrollada pero astifina, de grupa redondeada, con la cabeza ancha de sien y con los morros anchos y chatos. Y así, con todas estas características, un día, nació en Valdezarza, en aquel ecosistema mediterráneo, Patriarca, un becerrito cárdeno oscuro, entrepelado, calcetero, lucero y con unos ojos vivos, grandes, brillantes que ya desafiaban a la vida que empezaba a conocer y de la que comenzaba a formar parte.

Patriarca, animal de vista baja, como todos los toros, levantó la cabeza forzando el cuello para atisbar dentro del ruedo lo que tenía delante. Miles de personas permanecían expectantes a ese hierro, a ese toro.

Patricio y Juan se miraron en una mirada de complicidad. Veían a Patriarca sólo, y era la primera vez que se separaba de sus compañeros toros, animales sociales y territoriales. Juan conocía la esperanza y el cariño que su mayoral había puesto en ese animal. Recordó la admiración de Patricio cuando vio a la madre de Patriarca en el tentadero. En el tercio de varas, la vaca reaccionó con fijeza, bravura, fuerza y con genio y en la muleta embistió con toreabilidad, resistencia y nobleza. Al provenir de una buena reata *“Las Patrañas”* y tener una buena morfología y complexión, fue elegida para futura madre de toros bravos. El día de la tiente, la puntuaron con un diez, y Patricio, hombre de pocas palabras pero de honda emotividad, viendo a aquella vaca, explotó inusitadamente, y llevándose las manos a la cabeza, expresó de forma exultante, la

bravura que había visto. Así fue como en su honor, a la vaca le acomodaron el nombre para hacerla coincidir con él, llamándola Patricia. Concedores, ambos, mayoral y ganadero de que la hembra es la que transmite el comportamiento del toro, depositaron mucha ilusión en aquella Patricia. También tenían a “Catedrático”, semental con buena genealogía, de reconocida bravura y con mucho trapío. Se le tentó en su día a campo abierto cuando era un eral, con buenos resultados, que luego fueron confirmados en la retienta de sementales. Cuando Patricia se quedó preñada de Catedrático, todo eran buenos augurios para la ganadería.

Patricia, un día de febrero y de madrugada, se apartó a la encina más lejana, dejó de comer y se empezó a mostrar inquieta. Abrió la boca con evidentes signos de sed y se echó en el suelo con movimientos convulsivos, arqueando el dorso. Allí parió a su becerrito, al que llamaron Patriarca. Aunque habían parido aproximadamente para aquellas fechas doscientos becerros, en Patriarca estaban depositados muchos sueños de Juan y de Patricio, y, aunque ellos ya sabían que en una ganadería y con los toros no hay matemáticas, sí esperaban que del semental elegido y de aquella vaca tan brava, saliera un gran ejemplar memorable. La vaca, que tenía mucho genio, después de comerse la placenta, y lamer al becerro para quitarle todo resto de sangre ante posibles predadores, lo escondió y le dio los primeros calostros, lo que tranquilizó al pequeño cárdeno recién parido.

Al cabo de pocos días lo tenían que acrotalar. Esperaron dos o tres días. Tenían suerte porque Patricia era vaca primeriza. Si hubiera sido más vieja hubiera tenido más peligro. La labor de acrotalar se tenía que hacer muy rápido y de forma precisa ya que temían que pudiendo oler algún olor humano, y al ser novata, Patricia extrañara a su cría tras ponerle los crotales y lo pegara, lo aborreciera o lo matara. Las madres escondían a sus hijos y los defendían enconadamente y, de Patricia, esperaban una contumaz defensa, por su carácter especialmente bravo ya manifestado. Así que a los dos días y antes de que saliera el sol, momento mejor para coger a los becerros recién nacidos, aprovechando que la madre se había alejado con el grupo de vacas, Patricio, tras ungirse las manos con romeros y jaras para evitar el rastro humano, cogió con un gancho al torito y diestramente le puso rápidamente los crotales en las orejas. El más grande en la parte delantera para poder diferenciarlo bien. No le acarició, aunque se quedó con las ganas y lo devolvió a su escondite para que Patricia no notara nada

especial. Patricia miraba desde lejos y Patricio se alejó de forma rápida para evitar acometidas o una cogida en medio del campo, con el consabido riesgo. Había pasado en alguna ocasión que había habido alguna distracción y podía ser causa de grandes lesiones. Sabía el mayoral por experiencia, que cualquier cara a cara con aquellos animales, toro, por supuesto, pero vaca o incluso un becerrito, podían suponer accidentes al poseer todos ellos mucha fuerza en mayor o menor medida, encontrándose el hombre siempre en inferioridad de condiciones físicas.

Era tarea suya como mayoral, conocer a todas las vacas. Saber cuándo y cómo iban a parir. Ir pronto a verlas cada mañana y dar un repaso a todo el ganado. Ver si había parido alguna, si había habido alguna riña con alguna cornada. En verano, ver los ojos con el problema de las espigas.....Patricio todas estas tareas, las prefería antes de que saliera el sol porque andaba más a gusto y el campo estaba tranquilo y en paz.

Patriarca empezó a olfatear intentando detectar el olor del medio que le rodeaba, de las partículas del aire. Venteaba, levantando la cabeza, inspirando a gran velocidad, preparando el posible ataque.

“Cómo extrañará estos olores, de los otros olores a los que él estaba acostumbrado”, decía Patricio a Juan. Y era cierto, porque al ser la dehesa de vocación múltiple, múltiples eran también los olores que se esparcían por las dependencias y por las diferentes zonas y estaciones que se desarrollaban.

Uno de los olores más característicos era el que provenía de la quesería que tenía Antonio, el pastor. Patricio era muy amigo de Antonio, siempre al frente de la ganadería ovina de la dehesa. Las ovejas merinas y las becerras formaban un ecosistema único y un ejemplo de respeto al medio ambiente además de aprovechamiento sostenible. Antonio, dejaba que las ovejas entraran al cercado de toros, donde actuaban como cortacéspedes, sesteando y comiéndose la yerba que en exceso podía ser perjudicial para la digestión de los toros. Además las defecaciones de la oveja en la hierba molestaban a los toros que eran bastante escrupulosos y así comían pienso mayoritariamente. A las ovejas, los toros no las acometían, así que ellas podían pastar tranquilamente. Con el fin de que las ovejas no llegaran a los comederos de los toros,

los vaqueros, los habían instalado más altos y así las ovejas se veían obligadas a comer sólo yerba.

Antonio, hacía los quesos de forma tradicional. Era un hombre moreno, delgado y muy fibroso. Antes siempre tenía un cigarrillo en la boca, como pegado. Su mujer, Eusebia, le regañaba mucho por ello, así que dejó de fumar. Eusebia era una mujer alegre, alta y consistente, que pisaba con mucha fuerza y que hacía entre otras delicias, un mojete con patatas digno de algún premio culinario. Respecto a su trabajo de pastor, Antonio, decía lastimeramente, que era un oficio que no tenía relevo, porque los jóvenes de ahora no estaban dispuestos a sufrir las inclemencias del tiempo y no aceptaban la vida de sacrificio que conllevaba ese oficio. Decía, que ya los pastores no eran como los de antes, que la gente joven no soportaría lo que había pasado él de chico, sólo o con su padre, siempre detrás de las ovejas sin importarles las horas ni la estación del año. Contaba las noches de frío que habían aguantado en las madrugadas del campo, cómo el viento en la cara se hacía insufrible, y, por el contrario, de cómo intentaban sestear buscando una sombra para aliviar el sueño con los rigores de los calores extremos. Recordaba con nostalgia, cómo le enseñó su padre a hacer queso....y citando a su padre decía *“Quien tiene ovejas, tiene leche, queso, lana y pellejos”*, así que, siguiendo al pie de la letra ese refrán paterno que le gustaba mucho, elaboraba unos quesos que, aunque en pequeña cantidad, cada vez tenían más fama en los alrededores. Quesos con denominación de origen, hechos con ovejas de raza manchega y con la leche proveniente de sus pastos. Sanidad hacía tiempo que se había puesto muy rígida, decía él, con todos los procedimientos a llevar, muy distintos a cuando él hacía quesos con su padre, pero, él los cumplía a rajatabla, porque daba a los compradores de áreas comerciales cercanas a Valdezarza la seguridad de comprar alimentos con Denominación de Origen y todas las garantías para su consumo. Antonio se sentía muy orgulloso, cuando veía en el queso, impreso el nombre de *“Queso Manchego de Valdezarza”* y la correspondiente Denominación de Origen Queso Manchego. Era como ver su nombre impreso en el mejor libro.

Le gustaba al mayoral entrar en la habitación de la quesería donde Antonio era el rey. Le veía maniobrar y esperaba el momento en que Antonio, una vez que eliminaba el suero de la cuajada de la leche, se lo daba a los mastines. Patricio veía con satisfacción, cómo Trueno, su mastín favorito, el que le ayudaba con valentía a la hora de encerrar a

los toros, bebía ese suero, con unas sopas de pan que previamente había echado Antonio en un recipiente colocado en el suelo y que quedaban al momento embebidas de aquella fuente de energía. Trueno, que se lo había dado Antonio hacía tres años de una camada de seis cachorrillos, era blanco con manchas de color canela, y se relamía en esos momentos con gran deleite mirando a Antonio moviendo el rabo. Patricio, estaba acostumbrado a ver el proceso del queso. Recordaba como lo hacía Antonio siempre con gran presteza: introducía la cuajada en los moldes cilíndricos, forrados por unos trapitos blancos muy finos. Allí lo volvía a mover y lo prensaba primero con sus fuertes puños y después ya sin paños los metía en prensas durante una a seis horas. Luego lo introducía en moldes de esparto fuertemente apretados. Después del prensado, el desmoldado y salado en salmuera. Por último, la maduración.

Otros olores provenían del mismo ganado, y, de otros olores propios del campo. Patricio les decía a sus hijos desde pequeños, que recordaran los olores, que se fijaran en ellos, que impregnaran de ellos sus momentos para que los pudieran fijar como huellas que inspiraran buenos recuerdos: El olor característico al polvo del camino que se levantaba en verano, el olor del romero, del tomillo, del cantueso...el olor a hinojo, el de la tierra mojada, el olor fresco del campo en madrugada, el de un becerro recién parido, el olor a cachorro, el de una planta verde recién cortada, el de una almendra partida a piedrazos, el olor a humedad del arroyo, el del arroz con leche de Antonio el pastor, el del pan y de las tortas de azúcar recién horneadas de Eusebia.....

Y, Patriarca comenzó a trotar de forma alegre y curiosa por el albero. Llamado desde burladeros acudió con prontitud y remató en tablas.

Era el mismo trote con el que corría con sus compañeros. Desde que los separaban tras el destete a los seis o nueve meses, los tenían disgregados por edades hasta que se los llevaban a la plaza: los erales, utreros, cuatroños, cincoños, sexteños...El toro “*per se*” no era un animal muy activo, por lo que todos los días les hacían correr varios kilómetros para mantenerles ágiles y no sobrados de kilos, para coger fondo, fortalecer las patas y para tener la musculatura en condiciones óptimas. Todos los días, los cornúpetas, hacían recorridos acompañados por los vaqueros dirigidos por Patricio, quien había nacido en aquellas tierras cervantinas. Allí se había

criado. Su padre, también mayoral de la casa le había enseñado con la sabiduría del hombre de campo, casi todo sobre la maquinaria agrícola, sobre los pastizales, cómo poner inyecciones de antibióticos para desinfectar, el manejo del ganado bravo, la monta del caballo, los tentaderos, los saneamientos, los herraderos, la alimentación, en fin, sabía todos los quehaceres fundamentales para el desarrollo de esa vida. Siempre le decía su padre que nunca debía olvidar los tres pilares indispensables para ser un buen mayoral: Alimentación, sanidad y manejo.

Menos mal, que su familia entendía sus horas y sus quehaceres, sus tiempos y sus disgustos. Para él su comprensión era indispensable para poder dormir tranquilo. Con su familia compartía las alegrías en los exitosos partos de las buenas vacas y también las sombras, como cuando despedían en la plaza a algún toro criado y querido con una maleducada despedida en forma de pitos y silbidos. Y por supuesto, las victorias aplastantes, como cuando les aplaudían a Juan como ganadero y a él como mayoral, en algún toro, que a lo mejor no parecía el más bravo ni el más encastado, pero que había resultado excepcional en varas, como era costumbre en sus toros, y en la faena de muleta había permitido el lucimiento de algún torero, siendo premiados torero y toro, con una vuelta al ruedo. En esos casos, el corazón de los dos se quería salir del pecho.... Poseían una visión muy parecida del toro que querían lograr y eso era fundamental para poder trabajar juntos y con el mismo sueño. Patricio, se sabía la prolongación de la mano del ganadero, casi, una misma cabeza a la hora de ver el ganado. De ahí radicaba el éxito de su labor y ambos eran sabedores de ello. También tenían otra coincidencia: Ambos amaban Valdezarza, su dehesa.

Patricio, a pesar de llevar toda su vida allí, todas las mañanas sentía una alegría inmensa cuando con los primeros rocíos del día, veía "*Su dehesa*" como él la llamaba, sintiéndola como parte de su propio cuerpo. Conocía todos sus rincones, todos sus árboles. En Valdezarza, como ecosistema mediterráneo, coexistían diferentes estratos de vegetación. Dentro del estrato arbóreo predominaba la encina dulce o bellotera y el alcornoque, acompañados de quejigos y fresnos. Le gustaban mucho a Patricio las encinas, eran el paisaje de su niñez. Hacía suyo y solía repetir con frecuencia el refrán castellano aquel que decía "*Pan de trigo, leña de encina y vino de parra sustentan la casa*" y era cierto, porque, en los inviernos de escasez, las encinas ofrecían leña y ramón. También protegían con su sombra, al pasto y a los becerros de los ardores del verano y

de las heladas del invierno. En el estrato arbustivo de Valdezarza, había enebros, acebuches, madroños y coscojas. Entre el matorral alto se encontraba la rosa canina, el majuelo, la retama, la jara pringosa y la menos frecuente jara blanca y, en el matorral bajo aparecía, la aulaga, el cantueso, el tomillo, el jaguarzo, el romero...

Se distinguían hasta tres paisajes: el bosque de encinas y alcornoques, los pastos y las zonas de cultivos de cereal. Con una vegetación xerófila, estaba adaptado a la falta de agua. También tenía plantas pirófilas, adaptadas a sufrir posibles incendios. Por ejemplo, los alcornoques con sus cortezas gruesas que protegían el interior de los troncos o las jaras que recubrían sus semillas con receptáculos que explotaban con el calor para así contribuir a la dispersión de las semillas. Como bosque mediterráneo era un tipo de bosque que, pese a su aspecto seco, albergaba una elevadísima biodiversidad por lo que Patricio, consideraba que debían ser merecedores de medidas de protección.

Ambos ganadero y mayoral, sabían lo importante que era el cuidar de los árboles para la protección de la arboleda. Los árboles evitaban la erosión, producían humus cuando las hojas caían y con su sombra creaban un microclima favorable que daba sombra, sobre todo, en los veranos calurosos y esto era de enorme importancia para plantas y animales. Así que, sembraban árboles y los proveían de un protector para que ni el ganado ni la fauna salvaje los dañara. También realizaban podas y resalveos para que los árboles pudieran crecer bien y crearan sus copas. Es verdad, que las reforestaciones y cuidados de la arboleda eran costosos y requerían mucho tiempo, pero eran imprescindible para la existencia duradera de la dehesa.

Patricio sabía que la dehesa era un biotopo garante de varias especies, desde el toro bravo, al ganado ovino y caprino como en el caso de Valdezarza, aunque también el porcino en otras dehesas tenía muchísima importancia. También que la dehesa servía de cobijo a varias especies cinegéticas y silvestres. Era un paisaje ingeniosamente moldeado o “arquitectado” por el hombre, porque si el hombre dejara de intervenir, la dehesa desaparecería como tal y se convertiría en otra cosa absolutamente distinta. Este ecosistema, producía un magnífico y extenso pastizal de gramíneas como la *Poa* sobre todo en las zonas que recibía más sol y leguminosas como el *Trifolium*, en las zonas de más sombra. Ambas producían pastos con un elevado poder energético pero con poca producción, lo que obligaba a un aprovechamiento racional de los mismos, considerando además que las tierras no eran muy ricas en nutrientes y de lluvia no muy

abundante. Así no se mermaría la capacidad ecológica del medio. Por ello, las dehesas, pensaba Juan, eran uno de los mejores ejemplos de equilibrio entre la explotación y conservación de los recursos naturales que allí se encontraban.

Patricio, por experiencia, conocía que era una característica de la zona, la distribución estacional de la lluvia a lo largo del año y con ella la abundancia o no de pasto. En primavera, con las primeras lluvias se concentraba prácticamente la producción y con una cuantía algo menor, en otoño. También, anualmente, entre los meses de octubre y febrero, se producía la caída de la bellota. Se acordaba Patricio, de una frase que decía mucho Juan *“La creación de mil bosques está en una bellota”* y, era cierto, porque era una fuente de alimentación muy completa, que aportaba energía en forma de hidratos de carbono, produciendo en el ganado un engorde de forma natural. Esta bellota, al moverse el ganado en libertad, se transformaba luego en grasa que se infiltraba en los músculos. Infiltrar grasa en el músculo servía para proporcionar más fuerza y movilidad en el toro y así evitar las temibles caídas en las plazas.

Todos los años, el verano era la estación más limitante. Así, esta fuente de alimentación de pradera conformada por leguminosas, gramíneas y bellotas, era insuficiente para un toro de lidia, lo que obligaba a suplementarla con piensos en épocas de penuria o en periodos puntuales como la gestación, cubrición o cría. Estos piensos, recomendados por veterinarios nutricionistas, estaban compuestos de vitaminas, proteínas y minerales y se aportaban en proporción a la calidad del pasto. Tenían la finalidad de contribuir a fortalecer al toro: que tuviera recorrido, empujara en el caballo y aguantara la larga tanda de muletazos, entre otras exigencias de la lidia. Ganadero y mayoral sentenciaban frecuentemente *“Hoy ya no se lidia, se torea”* frase muy acorde con las modas de la tauromaquia y que imperaba en el gusto del público. Antes, comentaba Patricio, *“Las faenas eran más cortas y de pocos muletazos, en los que se buscaba igualar rápido y matar con la mayor brevedad posible. Ahora se necesitan toros que, además de no mostrar ningún signo de mansedumbre, tengan un auténtico comportamiento titánico en la plaza”*.

Los piensos también servían para evitar el ramoneo excesivo en los árboles y otros factores, como era el que en una ganadería bien alimentada, se producían menos bajas y también menos peleas. Para una buena digestión era necesario añadirles, el aporte alimenticio de volumen en forma de heno o paja. Todo ello, también contribuía

a poder alcanzar el peso que se les exigía en la plaza. Madrid quería toros grandes y había que prever que el embarque y transporte, provocaba en los animales mucho estrés y hacía que perdieran muchos kilos. El problema era la rentabilidad, que a Juan le producía más de un dolor de cabeza, porque un toro podía comer entre seis a nueve kilos diarios de estos piensos, especialmente preparados para ellos, y, costaba mucho dinero.

El torero esperó a Patriarca. No era una primera figura, era joven, pero tenía fama de torear con gusto, elegancia y técnica. Le citó de lejos y Patriarca acudió al galope mostrando su buena disposición y fijeza. Primer aplauso del público.

Juan miraba a todos lados queriendo ver la reacción de Patriarca ante ese entorno redondeado, que no ofrecía ningún tipo de refugio, y donde estaba recibiendo tantos estímulos sensoriales desconocidos tan distintos del entorno donde habían vivido. En la plaza había mucho ruido y algarabía. Juan, tampoco estaba acostumbrado a tanto ruido. Realmente, él salía poco de su casa, de la dehesa. Había realizado estudios de ingeniería de montes, estudios que aplicaba cuando podía en Valdezarza. Cuando desayunaba por la mañana con sus hijas, Pilar y Belén, les animaba a contemplar desde la ventana del comedor el espectáculo del campo lleno de flores. Allí se encontraban reunidas en un jardín alegre y colorido, las malvas, amapolas, margaritas, chupamieles, viboreras, dientes de león, flores de cantueso, romero, tomillo y aulaga, lirios, orquídeas y azafrán silvestres, tamarillas, cardos borriqueros, achicorias, ajoporros, mielgas, nazarenos, las flores blancas y violetas de las jaras pringosa y blanca..... Y otras muchas que no se veían. Y, mirando a Pilar quien en ese momento cogía golosamente el bote de miel, le preguntaba... *“¿Sabes, quienes son muy responsables de que exista tanta variedad de flores y de especies?”* Y les explicaba a las dos, cómo los responsables de que existiera tanta biodiversidad eran los llamados polinizadores: Abejas, mariposas, pájaros, polillas, escarabajos e incluso los murciélagos hacían que las plantas se reprodujeran. Entre ellos, las abejas, producían además miel, y para ello tenía que haber abundancia de flores melíferas, como las que estaban contemplando. Les comentaba que las abejas, eran un valor incuestionable, no sólo como valor económico, sino que

era una actividad imprescindible para el mantenimiento de ese ecosistema natural por la labor que desempeñaban en la polinización favoreciendo con ello la biodiversidad.

Las colmenas, en el apiario de la dehesa, se recolectaban en los meses de verano y otoño, tras la floración, y ofrecían productos en forma de miel, jalea real y cera. César, el apicultor repartía entonces la miel. Una miel de romero y de mil flores. Una miel exquisita, sutil y aromática, que Pilar y Belén esparcían en deliciosas rebanadas de pan tostado.

Cuando sus hijas le decían que en el colegio les preguntaban sobre qué eran un ecosistema y una dehesa, él se lo explicaba para que ellas comprendieran la importancia del entorno. *“Mira Pilar”, le decía a la mayor, “casi el 100% de la dehesa del planeta está repartida por el mediterráneo y alrededor del 70%, es decir, más de dos millones de hectáreas se encuentran recogidas en España y en nuestro país vecino, Portugal. De ellas, 750.000 se encuentran aquí, en Castilla- La Mancha, principalmente en la provincia de Ciudad Real”. “Fíjate Pilar, seguía contándole, que se suelen ubicar en zonas no muy aptas para el cultivo y con escasa industria alrededor. Además de que son zonas productoras de biodiversidad, son especialmente importantes en dos factores que habrás oído y oirás hablar mucho, como son la lucha contra la desertización y el cambio climático. Relacionado con el cambio climático, hay muchos estudios que dicen que este sistema en donde conviven árboles, pastos y ganado aporta una serie de servicios ecosistémicos entre lo que destaca la fijación de CO₂, que implica la reducción de su presencia en la atmósfera. Estos efectos repercuten en todo el mundo, y pueden contribuir a la reducción del calentamiento global y a que se mitigue el cambio climático que se está produciendo por el aumento de los gases de efecto invernadero en la atmósfera. Todo esto, la convierte en un pulmón vital del sur de Europa. Tenemos la suerte, Pilar, de gestionar estos bosques de encinas y alcornoques que son únicos en el mundo, siendo nuestra responsabilidad y obligación, mejorarlos y conservarlos. Como decía Herriot, “El valor de una civilización se mide no por lo que sabe crear, sino por lo que sabe conservar”*

“Y, ¿Por qué se llama dehesa?” Le preguntaba Belén, la más pequeña, “Pues mira, Belén, dicen que Dehesa es un término histórico que procede de la palabra castellana defensa. Hace muchos años con las Cañadas Reales apareció un conflicto entre los trashumantes mesteños y los habitantes de los concejos, debido a que los trashumantes

al traer su ganado, querían los mejores pastos. Aparece entonces el término “defendere” con el que se denominaba al permiso concedido por parte del Rey para acotar y cerrar las fincas ante los grandes privilegios que disfrutaba el Real Concejo de la Mesta. Esta nueva figura supuso el mantenimiento de la explotación del pastizal-encinar principalmente con cabaña porcina y provocó la aparición de los primeros rebaños de ovejas, así como el arrendamiento de pastizales a los rebaños trashumantes.”

A Juan no le gustaba mucho salir de allí y en cuanto podía, volvía para contemplar aquel campo, que para él, era un maravilloso espectáculo sensorial. Una auténtica academia de canto con orquestas de noche y de día.

Cuantos cuentos les había contado a Pilar y a Belén, sus hijas, inventando historias noche tras noche. *“Por la mañana”, les decía, “es la calandria, que sabe imitar los cantos, la que se hace directora de una gran orquesta de pájaros, donde cuenta con el bu-bu-bú de la vistosa abubilla con su cresta, el turr-turr arrullado de la tórtola, el cuchichiar de la perdiz, el zurear de las palomas, el trisar agudo y chirriante de la golondrina, el gorjeo y rápido trino repetitivo de la alondra, el aflautado de la dorada oropéndola, la terrera que canta desde los surcos del suelo, el ruidoso piar en los rabilargos, el silbido del estornino negro, los cantos áspero de la carraca e ininterrumpido de una cogujada, los incansables gorgoritos del solista ruiseñor, el tamborileo del pájaro carpintero, el grajear del grajo..... Pero no sólo hay pájaros para escuchar en el monte. Es importante percibir la naturaleza y, para ello, es fundamental andar en silencio por ella, que no se oigan casi tus pisadas: Saber andar. Sólo así podréis sorprender a alguna cierva, o corzo o zorro, y oiréis cómo os mandan un ladrido, o la carrera de una res rompiendo monte taramiendo entre retamas, aulagas y coscojas, o el gruñido verraqueante de algún jabalí, o el berrear del venado en otoño, o el zapateo del conejo y de la liebre,... y, también distinguiréis la estridulación de las cigarras en verano, el cadencioso zumbido de las abejas, el mugir y bramar de los toros, hasta que llegue la noche donde se escucharán los cantos de los misteriosos señores que la pueblan”.*

A Pilar, que le gustaba la música, le decía que por la noche, en la dehesa se organizaba otra filarmónica más elegante y que tenía lugar en el alcornoque que se encontraba más al sur, el grande, el que tenía muchas ramas y que, desde, allí, ejercía como director, el aristocrático búho Real. Allí, dirigía una sinfonía magnífica, cuyas

principales voces eran las ululaciones de otras rapaces nocturnas. Las del cárabo con su característico ¡lúuhúuuuh-úuh! , el Uhhh del búho chico y el UTTTT del silbante autillo. A ellos se unían el maullar de los cabezones mochuelos, las notas aflautadas del zancudo alcaraván, el cuco con su cucú que anunciaba la primavera, el chirriar estridente y roto de la estigmatizada lechuza y el grillante chirrido del grillo, acompañados por una coreografía del particular baile del incansable murciélago.

Patriarca, se encuentra en el ruedo. El torero primero abanica el capote magenta encendido, y, le recibe con tres recortes de rodilla seguidos por una maravillosa verónica. El toro repite varias veces.

Juan y Patricio se miraron. Aquello prometía. Que buena acometida de Patricio ante aquel derroche de color y movimiento que se le brindaba en el capote. Aunque les habían dicho que los toros ven en blanco y negro, la plaza se ofrecía como una paleta repleta de móviles colores brillantes y de sensaciones frescas y alegres. Patricio recordó a Patriarca cuando se encontraba en medio del pastizal en primavera, con todo el color desplegado de la naturaleza a su alrededor. Allí, también tenían cabida todos los colores que una persona podía conocer y, otros que, por sutiles, eran casi imposibles de imitar.

Cuando Juan estaba en casa y Belén, que era la que demostraba más interés por la pintura, le enseñaba su caja de acuarelas o de lápices de colores porque tenía que hacer dibujos del colegio, él le decía con emoción que a ver si podía sacar los colores que veía en la dehesa en los diferentes momentos del día y en las distintas estaciones del año. “¿Conoces, Belén”, le decía a su hija, “a un pintor que se llamaba Van Gogh?, él decía “Mantén tu amor hacia la naturaleza, porque es la verdadera forma de entender el arte” y es que todo lo que te rodea es arte. Por ejemplo, le decía, A ver si puedes igualar el atardecer aquí, cuando las tardes van siendo más largas, donde el color topacio-anaranjado del sol en su puesta diaria, da paso al rosado flúor de las nubes en el horizonte terminando con el azul celeste, cerúleo y casi neón del cielo”.

“Belén, tienes que saber diferenciar, por ejemplo, las diferentes tonalidades de colores que tiene la paleta de la naturaleza. Los verdes, por ejemplo, no son iguales unos que otros. Calderón de la Barca decía que “El verde es el color principal del mundo y del que surge su belleza” y realmente hay muchísimos verdes. No es igual el verde sobrio de

la encina al más brillante de la jara o, el más claro de la retama, al verde jade de la rana común o al casi esmeralda del lagarto ocelado. En cuanto a los amarillos, tienes que distinguir entre el dorado de un rastrojo en verano, al vibrante de la aulaga o al apagado tono del diente de león. Si te fijas en los rojos observa el granate rojizo de la cornicabra en otoño o el color rojo-anaranjado de la tierra arcillosa. Valora, también como una obra de arte, la graduación perfecta y colorista que existe en la pluma de cualquier ave, independientemente del tamaño, desde la pequeña codorniz a la enorme águila real. Mira, cuantos colores tienen los pájaros que te rodean: la paleta de colores casi infinita del abejaruco, el azulado del adehesado rabilargo, el crepuscular azul pastel del elanio azul, los colores verde-amarillo azulados del herrerillo común y valora desde la elegancia cromática del pájaro carpintero hasta el negro grafito azulado de la modesta urraca...”

El torero le cita de frente recibéndole con cuatro verónicas, para continuar con una verónica inmensa que habían sido precedidas de un galleo con el capote a la espalda. Cuando Patriarca embiste, el torero realiza unos lances por chicuelinas. Patriarca queda envuelto con el capote. Aplauso del público. El presidente cambia el tercio y salen los picadores...

Patricio, viendo que salían los picadores, recordó las horas a caballo de él y sus vaqueros, personas indispensables para llevar a cabo su trabajo. El principal obstáculo en la cría de este animal, les decía Patricio para que tuviesen cuidado, es que eran bravos. Poseían, ese maravilloso, componente genético único e inigualable, que diferenciaba a las ganaderías de bravo. Era este comportamiento de bravo, consecuencia de la bravura, lo que obligaba a mantener constante atención y respeto a las tareas a realizar en el trabajo diario, no pudiéndose realizar éstas de un modo siempre previsible, ya que la conducta de estos animales, conocía muy bien Patricio, nunca era predecible.

A Patricio, como mayoral, le correspondía organizar todo el manejo del ganado y esto le obligaba a estar pendiente de la supervisión y organización del trabajo de los vaqueros. Él era el responsable de que las distintas faenas, embarques, tientas, traslados de ganado, acrotalamiento de becerros, cura de vacas enfermas, apartado de novillos, preparación de vacas para el saneamiento, o el ejercitar toros de cuatro años, se

realizaran correctamente. Para ello, era fundamental inculcar la importancia del correcto manejo en la crianza del toro de lidia, una crianza sembrada de dificultades, donde hacerlo correctamente o no, podía representar el fruto de los éxitos o desgracias de la ganadería. Para ello, contaba con un buen equipo: Hombres curtidos, altamente especializados y con un largo aprendizaje, ya que la mayoría habían aprendido de sus padres. También estaban arraigados a esa tierra, unos por sus ancestros y otros por haber sido contratados y haber establecido allí sus familias. Por supuesto eran vocacionales, buenos caballistas e ilusionados del mundo de los caballos y de los toros.

Sabedor era Patricio que para llevar a cabo las faenas necesarias en casi todos los procedimientos, como podían ser el acoso y derribo, o la simple revisión de la manada, se hacía imprescindible la utilización del caballo. Utilizaban a veces los todo-terreno, pero daba más movilidad, sin duda, el caballo. Para ello, también se servían de algunos perros. Antes utilizaban alanos aunque ahora se habían acostumbrado a unos mastines más ligeros y el mejor en eso era su perro Trueno. Este mastín, muy fiel y noble con Patricio, cuando había que defender o ayudarlo con los toros, hacía honor a su nombre.

Una aptitud que el mayoral consideraba que era fundamental para un vaquero, era la de dominar la monta a caballo, ya que era un trabajo que no estaba exento de peligros. Por ello, era el primer requisito que les exigía. Con ello intentaba conseguir que todo saliera bien, además de salvaguardar con ello su integridad física. Era muy importante también conocer a los caballos: Saber qué caballos eran los más idóneos para una labor u otra y sus aptitudes así como discernir la doma que se les había de hacer para llevar a cabo las diferentes tareas. Patricio y sus vaqueros conocían que había doble riesgo: El del propio caballo y el derivado de realizar la monta entre animales bravos. Tareas habituales como el apartado de los toros donde se tenía que ir engañando poco a poco a los animales, o descubrir donde había nacido un becerro esquivando a la madre, o la separación de novillos o apartar toros para realizar curas, o los cambios de cercados o los embarques, requerían personalmente de vocación, paciencia y habilidad. También eran tareas rudas que no dejaban de tener un porcentaje alto de imprevistos y que podían resultar dificultosas con los caballos aunque estuvieran bien amaestrados, ya que podían tropezar, asustarse o estar más nerviosos ese día y todo ello se podía traducir en caídas del caballo, de jinete o de ambos. Esta caída que

podía ser dura, por la caída en sí misma, se agudizaba por el hecho de producirse entre toros bravos lo que podía conllevar consecuencias fatales, ya que el toro bravo por genética tendía a acometer a caballo y a jinete. Por ello, Patricio les decía siempre que tuvieran en cuenta aquella frase cervantina de, *“Cuidado, que aquellos que juegan con gatos, deben esperar ser arañados”*

En el campo se producía un verdadero equipo entre Patricio y sus vaqueros y entre ellos y sus reses, acostumbradas a sus voces y a sus tonos, a los caballos y a sus gestos y a los que reconocían que tenían que obedecer. Desde Patricio a todos los vaqueros conocían cada una de sus vacas, sabían si alguno tenía alguna enfermedad. Tenían especial susceptibilidad para intuir cuando se avecinaba pelea en el cercado, o de cuando era mejor separar un toro recelado con algún hermano antes de producirse una fatídica pelea. También de sus querencias, y, del especial carácter de cada uno. Conocer el carácter de cada toro, les inculcaba Patricio, para los trabajos que tenían que realizar diariamente era muy importante, ya que eran situaciones que podían entrañar peligro. Les recordaba el mayoral, el trabajo del día anterior, la maña que tuvieron que emplear, cuando Veraniego, un toro con mucho carácter y al que se le veía con ganas de arrancarse, se había escapado de su cercado, al que no quería regresar por cualquier motivo, y lo que les había costado llevarlo poco a poco, engañándole con suavidad.

Inocente, el vaquero de más edad, era el que instruía, bajo la supervisión del mayoral, a los vaqueros que se iban incorporando a los trabajos y el que les enseñaba los quehaceres del día a día. Primero los caballos. Darlos de comer, limpiarlos, tener el guadarnés colocado y limpio...mantenerlos en forma, en definitiva, ya que los caballos eran su instrumento de trabajo y también su escudo en muchas ocasiones complicadas. Patricio había asistido a accidentes y caídas de vaqueros y les prevenía de los riesgos intentándoles aleccionar.

Sabía que su trabajo era muy importante en Valdezarza, y, no sólo porque era su medio de vida, sino porque lo disfrutaba, lo respiraba, lo peleaba, en definitiva, lo vivía intensamente. Como mayoral, tampoco olvidaba nunca lo importante que era cuidar la parte afectiva de la gente de su entorno. Pasaba muchos ratos junto a los vaqueros y era indispensable crear equipo y hacer de todos ellos una gran familia. Y es que era consciente de que a pesar de ser una vida muy gratificante porque estaban en plena naturaleza cuidando de los animales en su entorno, no por ello, dejaba de ser una vida

muy sacrificada y exigente, así que aunque a los demás sí les daba permisos, Patricio nunca encontraba ni horas ni días festivos.

Tercio de Varas: Sale el picador al ruedo. El torero le pone en suerte llevándole al caballo con un galleo por chicuelinas para luego hacerle un quite con dos verónicas y media. Lo deja en mitad del ruedo. El toro fija su atención en el caballo. El picador cita a Patriarca y éste galopa con determinación hacia el caballo. Patriarca empuja con fijeza, ciegamente, sin cabecear y mete la cara abajo en el encuentro. Fuerza la embestida con sus cuartos traseros. Aplauso del público.

Patricio y Juan estaban expectantes. Antes más que ahora, la bravura se medía en este tercio. No querían aventurar nada pero esperaban que Patriarca cumpliera como ellos esperaban y lo había hecho exactamente así. Habían sido muchos años y mucho dinero empleado en crear aquellas criaturas únicas e irrepetibles que se movían por aquel ruedo y por otros parecidos. Recordaba Patricio, el movimiento de su toro, Patriarca, orgulloso y potente, entre las encinas y alcornos. En ese ecosistema de mediterráneo de suelos ácidos y árboles dispersos, encontraba Patricio un sentido de vida o muerte. Le agradaba observar en la naturaleza los movimientos que se producían, su “baile” como le gustaba decir. Le complacía observar el balanceo de los buitres oteando muerte, el vaivén de muchos pájaros en las corrientes de aire, el vuelo del águila y otros pájaros predadores con sus ojos atentos y pendientes de encontrar comida...y, por contra, la inmovilidad de las presas como conejos, liebres, ratoncillos, pájaros y anfibios pendientes de su vuelo y de su sombra. También los movimientos característicos de los habitantes de la dehesa: el trote cochinerero del huidizo y listo arrocho campeando por su trocha, el galopar fuerte y poderoso del venado, el más suave del querencioso corzo, el sutil y andariego zorro, la astuta y escurridiza gineta, la sibilina y solitaria garduña, el zarzuelístico gato montés, el rápido y hambriento tejón... Viendo el movimiento de Patriarca, con pezuñas duras y sin atisbos de caerse ante las embestidas, le pareció una resistencia fuerte, resultado de muchas carreras y una buena alimentación. Todo ello lo relacionó con el esfuerzo económico que suponía una buena alimentación para el ganado.

Muchas horas para pensar cómo obtener de todo aquello rentabilidad. Le decía siempre Juan, la cantidad de trámites farragosos que solía realizar para pedir las ayudas que el Gobierno Regional establecía con carácter anual. Para obtener rentabilidad, también se había dedicado una parte de la dehesa a la instalación de una planta fotovoltaica. Así se obtenía un beneficio económico mientras se contribuía al desarrollo sostenible potenciando el uso de energías limpias, aunando protección medioambiental, generación de empleo y producción de riqueza. Menos mal, pensaba Patricio, que la dehesa contaba con una gran superficie en la que podían convivir ambos usos. Así la planta fotovoltaica se constituía en una reserva integral de la naturaleza ya que no utilizaba productos fitosanitarios, no removía la tierra fértil y no usaba hormigón. Además se plantarían nuevos árboles. Efectivamente, se plantarían bellotas para multiplicar el número de encinas, se adoptarían medidas para garantizar las especies relictas en el tiempo, se protegerían los anfibios, con la colocación de barreras antiatropello en todos los cruces de caminos de acceso a la planta con cauces de agua y, se construirían dos charcas con islas flotantes, para favorecer la nidificación. También se potenciaría la reproducción de anfibios y reptiles con la instalación de refugios. Se contemplaba, además, la instalación de bebederos para garantizar la disponibilidad de agua para la especie de fauna, del 1 de mayo al 30 de septiembre, cuando la temperatura en la zona era más alta, la colocación de cajas nido para mochuelo, cernícalo y lechuza, pantalla vegetal para reducir el impacto visual de la planta, un vallado cinegético...

Era importante obtener rentabilidad y diversificarse. Para trámites relacionados con otras actividades, como eran las visitas guiadas, les cogía el teléfono Virginia, la mujer del guarda.

Virginia y Felipe eran los caseros de la dehesa. Virginia, la mujer a la que llamaban Virgen, era una manchega alta y rotunda, casi siempre de negro, que hacía prácticamente todas las labores de la casa y que siempre se estaba metiendo con Felipe, quien ejercía las labores de guarda. Un manchego que siempre iba cantando y tarareando rancheras de Rocío Dúrcal, de la que decía, era la más grande. Hombre de rostro ajado por la intemperie, con el cuello a cuarterones dibujado por el sol, al que le gustaba la compañía y que siempre estaba dispuesto a conversar con una buena tapa de jamón y un vinillo, mientras contaba, entre otras, sus historias de la mili. Felipe no

sabía conducir, nunca había querido, y, se movía a todos lados con su Mobylette antigua, a la que tenía como una reliquia y no quería renunciar a ella, ni cambiarla. A él, le gustaba la caza más que los toros. Él, en realidad siempre había sido rehalero, pero desde hacía unos años y al fallecer su padre que siempre había sido el guarda, se había quedado en su puesto.

Y, es que otro uso de la dehesa, aunque el principal era el de la cría de ganado bravo, era la caza. La coexistencia de especies silvestres con especies ganaderas era un aspecto positivo. Ambos tipos de biodiversidad habían coexistido e interactuado a lo largo del tiempo. Según estudios, le contaba Juan a Patricio, las zonas que albergan una mayor biodiversidad de razas, también sostenían una mayor diversidad de vertebrados silvestres. Las cuestiones relativas a la caza, se las encargaba Juan a una organización conocida quien llevaba a cabo la gestión de monterías y otras modalidades cinegéticas como eran los recechos en berrea del venado y del corzo, ambos en sus temporadas hábiles. Cuando se empezaba a respirar el otoño, en las zonas de monte se barruntaban las monterías, donde las poblaciones de jabalíes y venados eran los objetos principales de esta modalidad, estando sus cupos de abate regidos por lo dispuesto en el Plan de Aprovechamiento Cinegético del coto de caza que habían creado para este fin. Eran días de nervios desde horas tempranas de la mañana, donde se daba trabajo a mucha gente del pueblo más cercano con alta en la Seguridad social para ese día. Antes, la verdad, no se hacía así, pero desde hacía ya bastantes años era un requisito imprescindible.

A mediados de octubre, en el aire, se empezaban a oír palabras como traviesa, trocha, querencia, armada, cortadero, sopié, postor o mancha, entre otras. Hasta que llegaba la fecha solicitada y autorizada. Era el día de la montería, de la preciosa montería española, práctica de caza única en el mundo, con incuestionable valor etnológico, ya que es una forma de caza creada por los hombres como forma de caza grupal y social, poseedora de una incidencia cultural, social, económica y medioambiental muy importante y muy valorable. Estos días de montería, conllevaban mucho ajeteo desde primeras horas de la mañana.

En efecto, temprano llegaban los coches, casi todos todoterreno, y en ellos los monteros, gente con afición por el campo y dispuestos a disfrutar de un buen día. Lo primero que se hacía tras saludarse era proceder al desayuno, que constaba normalmente de unas migas con huevos fritos, adornadas con uvas y tocino,

acompañadas de vino de la tierra. Más tarde se sorteaban los puestos y, tras informar de las normas de seguridad tan importantes y de los cupos de abate, se terminaba el discurso rezando para que no hubiera ningún accidente, A continuación se procedía a la organización de las armadas y la adjudicación a cada armada de los postores respectivos. Los monteros nerviosos, se dirigían a sus respectivos coches, mientras como música de ambiente resonaban los ladridos de impaciencia de los perros por salir de los camiones de las rehalas.

A continuación....y tras colocarse los monteros en los puestos sorteados....el monte sonaba y temblaba. Comenzaban a oírse la suelta de los perros, el estruendo de las voces de los perreros dirigiéndose a sus conocidos perros. En esos días, Felipe intervenía recordando sus tiempos de rehalero por toda la geografía española, e intervenía cambiando las habituales rancheras por sus famosos gritos potentes, como quejidos de cante jondo, con los..!!!Ay los Perroooooos!!!! que vociferaba una y otra vez para animar a los canes. Entonces, se oían los cascabeles en los collares de los podencos amastinados, casi todos blancos con alguna mancha colorada, y alanos y sabuesos entre otros mestizos, moverse por el monte con alegría e impaciencia. A continuación, tiros de rifle, ladras emocionadas persiguiendo a las reses, sobre todo a los cochinos, gruñidos de alguna guarra cogida por los perros, carreras de los venados tronchando monte, taraméo de ramas de algún navajero solitario al que no han podido sacar los perros, y, al final... las caracolas llamando al fin de la montería. Una vez que el postor recogía de cada puesto al montero correspondiente, vuelta a la casa, donde les esperaba un catering de aperitivos con queso, tortilla, chorizo, canapés y buen vino, momento que aprovechaban los presentes para contar su día: por donde le había entrado el guarro, la carrera del venado, el excelente tiro en el codillo, el fallo estrepitoso e incomprensible a dos metros... y, también para preguntar por la suerte del otro montero, creando una atmósfera de cordialidad donde todo el mundo departía. Después se pasaba al comedor donde se comía amigablemente, normalmente judías como era la tradición, mientras volvían a comentar su lance con su compañero de mesa, relatando su más o menos suerte y.... cada vez de forma más o menos real. Al tiempo, los arrieros comenzaban a traer las reses de los monteros afortunados, quienes reconocían y examinaban su animal abatido y ofrecían su tarjeta a los taxidermistas, que se habían acercado allí para recoger los posibles trofeos. Esto, les permitía así la posibilidad de perpetuar ese animal

físicamente, porque en el corazón y en el cerebro seguro que ya lo tenían grabado a fuego.

A Juan y a Patricio, no les gustaba la moda de preparar a las reses muertas como ahora se estilaba hacer, mostrando “las bocas” de una forma que parecía casi humillante para el jabalí y colocar a los venados de forma que parecía que estaban arrodillados. Habría que aprender de algunas costumbres centroeuropeas, pensaba Juan, donde el cazador se despoja del sombrero y recoge una ramita para ponérsela en la boca del animal con la sangre del orificio de entrada como señal de respeto, pero ahora en las monterías se había puesto de moda esa absurda disposición porque parecía que les gustaba más a algunos monteros.

Con el fin de prever o detectar enfermedades, también venían los veterinarios y realizaban los análisis post-mortem de estas especies silvestres y les sacaban muestras. Era importante realizar esta labor, ya que estas especies, coexistían, comiendo y bebiendo muchas veces de los mismos comederos y bebederos que el ganado.

Lo sacan del peto y el torero le volvió a colocar en suerte. Le vuelve a dejar en mitad de la arena. El varilarguero lo encela y cita. Patriarca acude sin duda galopando a la primera demostrando su casta, su instinto de bravura y su fuerza. Se le sale el barboquejo al picador por la fuerte acometida.

Le picaron bien, en la parte trasera del morrillo, menos mal que no era un puyazo trasero e invalidante para el toro, como a veces ocurría. Brotó la primera sangre tras los puyazos. También la naturaleza en la dehesa se mostraba como un mundo de fuerzas, de vida y de muerte y así se lo dejaba traslucir Patricio a sus hijos. Vio como la sangre le corría a Patriarca por la parte delantera, tapando el hierro de identificación de Valdezarza que ellos le ponían en la llana del animal y como iba llegando hasta la pezuña blanca, dejando poco a poco de ser calcetero. Recordó el día que herraron a Patriarca. Tenía entonces ocho meses. Era un día de mucho bullicio en los que era necesario mucha organización y trabajo en equipo. Patricio era el que ordenaba, disponía y mandaba al personal lo que tenía que hacer. Lo hacían muy rápido, casi treinta becerros a la hora.

Primero, pasaban a una parte de los becerros a los corrales y cerraban la puerta. A continuación les iban metiendo en un cajón de hierro. Al lado estaban los hierros

calentándose. Antiguamente utilizaban una fragua de hierro, ahora, usaban una alimentada por gas, que era mucho más rápida. Le tocó el turno a Patriarca. Le pusieron los hierros: El de identificación de la ganadería de Valdezarza en la llana, en el cuadril el de la Asociación, en el costillar, su número asignado dentro de la ganadería y por último, el guarismo en la paletilla, indicando el año de nacimiento. Esta vez, se detuvo un poco más con Patriarca. Miró los brillantes ojos del torito cuando los ayudantes iban apretando los hierros y su marca blanca en la frente. Al apretar los hierros, el pelo se empezó a chamuscar. Contempló con orgullo que Patriarca no se quejó, pero que salía muy enfadado de aquello.

Ese día, donde venía también gente aficionada y contratada que ayudaba con mucho tiento en las labores de herraje, se hacía una comida: una caldereta de cordero acompañada de grandes hogazas de pan de la zona y vino y, al grito de “¡Cucharada y paso atrás!” daban cuenta de la gran olla. Para estos momentos contaba con la ayuda de Antonio el pastor, quien hacía de postre un arroz con leche en la chimenea de la cocina, a la manera tradicional, encima de unos trébedes de hierro que tenía de su abuelo. Allí se cocía ese arroz lentamente con leche de oveja al que ponía abundante azúcar en la parte superior y al que luego quemaba con hierros muy calientes, formando una costra de caramelo crujiente y deliciosa.

Patriarca galopa en banderillas. El primer par lo ponen de poder a poder, acudiendo de largo Patriarca, la segunda al cuarteo y el tercer par lo hace el subalterno citándole desde el estribo y haciéndole un quiebro. Resulta impresionante. El animal no se duele. Se confirma en esta suerte, lo que ya se evidenció en la suerte de varas, la bravura y entereza del animal.

Que patriarca estuviese fuerte y sano, era algo que ya sabían, pero que tuviese todo ese fondo les admiraba más: Se estaban haciendo bien las cosas. A diario, Patricio y los vaqueros, sobre todo cuando se iba aproximando el día de la corrida, obligaban a los perezosos toros a correr. Eran toros ya cuatreños que iban a salir a la Plaza unos días después. Patricio y Juan no querían que hubiese peleas, y para ello, los toros necesitaban hacer ejercicio, necesitaban estar cansados para que se hermanasen y no tuvieran trifulcas que pudieran ocasionar la muerte o herida de alguno de ellos. El objetivo era

que llegasen todos íntegros a la Plaza. Para ello, habían dispuesto una especie de corredero en buena parte de la dehesa. También estas carreras les servían para ampliar la capacidad pulmonar y la resistencia. En esas tareas era importante evitar que ningún toro se volviera, por el peligro que suponía para los vaqueros.

Las consecuencias que suponía perder un toro cuatroño o cincoño, por una pelea, suponía, además de un gran quebranto económico, tirar por la borda una inversión de años además de la rabia y desesperación que daba malgastar un toro bravo. Porque ya era difícil con la profesión de ganadero, llegar a reunir los gastos que significaba una explotación como la dehesa. Para Juan, sólo hacer frente a los gastos de alimentación, agua y gastos veterinarios como vacunas, desparasitación y medicamentos, era a veces un quebradero de cabeza, pero, por supuesto, era un desembolso absolutamente necesario. Conocían ambos que los problemas relacionados con las enfermedades infectocontagiosas representaban, para este tipo de ganadería en particular, la principal fuente de riesgo y potenciales pérdidas económicas. Sabían que los agentes patógenos tenían especial incidencia en los sistemas reproductivo, respiratorio o digestivo, y podían producir alteraciones en las potencialidades de la reproducción, afecciones respiratorias y diarreas neonatales, que eran los principales problemas que se encontraban. Para ello, habían instalado un programa sanitario de alta tecnología y control frente a enfermedades infecciosas o parasitarias. Con todo ello, habían mejorado aspectos productivos como los índices de fertilidad y preñez y habían disminuido las tasas de mortalidad en becerros recién nacidos. También cumplían a rajatabla los controles que la Administración les imponía sobre la tuberculosis y brucelosis.

A estos gastos había que añadir el de todo el personal fijo, transportistas y demás personal eventual. Conocía ganaderos que, en épocas malas, habían tenido que sacrificar para carne, toros ya mayores por falta de festejos. Era además del perjuicio económico, una pérdida genética de mucho valor. Él esperaba rentabilizar todo para seguir adelante con su proyecto. Intentaba, por ello, rentabilizar Valdezarza.

Como en la dehesa había bastantes alcornoques, otra fuente de ingresos era el corcho. Para ello era muy importante que el árbol no estuviera dañado, porque así se conservaba mejor y lo seguía produciendo. Era en verano cuando se producía el descorche de los alcornoques. Para ello, venían trabajadores preparados para realizar

ese trabajo tan duro que se seguía haciendo a mano. Los alcornoques de la dehesa existentes tenían diferentes edades y su corcho era distinto. A algunos se les sacaba el bornizo, la primera saca, a otros el corcho secundario aproximadamente cada diez años y la tercera saca a los ejemplares consolidados. Era de estos últimos el corcho de alta calidad, es decir, de buen calibre y pocos poros, y, era el que se aprovechaba para tapones, empleándose el resto en productos del mundo de la construcción o bien se granulaban para un futuro procesamiento.

También había cultivos que se ubicaban en las zonas de suelo más fértil, en este caso de cebada, avena y girasol, vinculadas a la alimentación del ganado. El tractorista que trabajaba estas tierras, era Saturnino.

Comienzo de la faena de muleta. Patriarca humilla y repite. Regala codicia, clase y fijeza. El torero adelanta el engaño y conduce lejos las nobles y castas embestidas por los dos pitones, con largura y con un hilván extraordinario. Realiza una faena a más con Patriarca sin cesar de embestir. Muletazos profundos. Hondura en los rechazos, igual que en los naturales interminables, sentidos. Patriarca responde mejor cuanto más se le obliga por lo abajo.

Juan y Patricio ya estaban con los ojos humedecidos. Patriarca había tenido un comportamiento excelente en todas las fases de la lidia. Para Patricio era un sueño....” *Ya lo decía yo*”...repetía, *“que la familia de las Patrañas ha dado muy buenas reatas, pero que éste... ¡Éste iba a ser extraordinario!”* y, efectivamente, Patriarca se había entregado absolutamente y con una bravura muy honda. Juan y Patricio estaban exultantes y emocionados: Era ése el concepto que querían para su ganadería, la esencia perseguida. Patriarca permitió al torero *“Torear con el alma, olvidarse del cuerpo”*, como decía Belmonte, estando la figura casi, casi...., a la altura del toro que tenía delante.

Ese toro único en el mundo, se desarrolla en la dehesa, pensaba Patricio mirando a Patriarca, que es un ejemplo único de ecosistema que permite el desarrollo de estos animales, los toros bravos, únicos e irrepitibles, que sin este medio, al que están perfectamente adaptados, no tendrían razón de ser y se extinguirían. Con ellos se acabaría esta maravilla y la posibilidad de este arte.

Ese toro, continuaba diciéndose Patricio, disfruta de ese entorno donde se cría, una auténtica joya paisajística y ecológica que no existe en ningún país de Europa, salvo Portugal. Lugar de encinas, alcornoques y quejigos con una altísima biodiversidad florística y animal. Un ecosistema único con tantos atributos a proteger....mejora el medio frenando la erosión y los incendios forestales, mejora la regulación del ciclo del agua y los pastos contribuyendo a fijar el CO₂, mitiga el calentamiento global, mejora la calidad del aire...

Juan por su parte, pensaba en el esfuerzo, voluntad, vocación e ilusión de todas las personas vinculadas a ese mundo ganadero: Familias enteras como las de Patricio y Elvira, Felipe y Virginia, Saturnino, Antonio y Eusebia, la suya propia y muchas otras, y fue rememorando a todo el personal que trabajaba de forma fija o eventual en la ganadería, en la caza, en la agricultura, en el laboreo, en la labores de veterinaria, en el transporte...Cuántas personas, pensó, que son dependientes de esta dehesa y que han fijado sus vidas en el medio rural. Qué buen ancla para este medio, pensaba, y, que influencia más importante tiene sobre tantos aspectos económicos, sociales y ambientales. Valdezarza con la ganadería, la agricultura, la caza, y, la posibilidad de implantación de energías alternativas, entre otros, tendría que ser un garante económico y social.

Sobraron todos los efectos especiales y pases accesorios de final de faena. El murmullo del indulto empieza a brotar hasta volverse un clamor y se solicita de forma unánime, flameando pañuelos. También lo solicita el diestro a la presidencia y, después de la conformidad del ganadero, el presidente saca el pañuelo naranja. Patriarca es indultado

Madrid y los aficionados ese día vivían uno de los momentos más rotundos que se pueden vivir en una plaza de toros ¡El indulto!! ¡Con el indulto se podrían preservar la casta y la raza de la ganadería!... Patricio y Juan, Juan y Patricio, ganadero y mayoral, se abrazaron llorando. Era el sueño para cualquiera de los dos, la mayor alegría que la vida en esos momentos les podía deparar. Que... ¿Qué es la felicidad?, ¡Aquello sin lugar a dudas!. El público les apremió para dar la vuelta al ruedo, lo que hicieron abrazados y llorando. Patricio, ya veía a su toro Patriarca en la dehesa, curado, donde como semental

padrearía al lote de vacas que seleccionarían para él y donde llevaría una vida placentera y tranquila. Patriarca como Belador pasarían a formar parte de la historia de la Plaza, escribiendo en ella una página de oro. Significaba la consumación del esfuerzo, el éxito del trabajo realizado, la continuidad de la ganadería, la magnificencia del toro.

En ese momento, Juan oyó una voz que le llamaba con impaciencia ¡Juan, Juan! Se despertó del sillón sobresaltado. Ya había anochecido, y delante de él estaba Patricio, que había entrado corriendo, mientras gritaba emocionado...” *¡Acaba de parir la Patricia!, ¡Acaba de parir la Patricia! ¡Verás que buen toro será!* y Juan, se quedó observándole un rato, agradeciendo la entrega personal de su mayoral, ese entusiasmo vocacional que veía en él cada día y..., levantándose lentamente mientras sonreía, con una entonación profunda, sentenció dirigiéndose a Patricio: *“Se llamará Patriarca”* e hizo suyas en ese momento las palabras de Marañón:

*“Vivir no es sólo existir
Sino existir y crear
Saber gozar y sufrir
Y no dormir sin soñar”*